

VIDA, VERDAD Y LUZ

A mis padres, amigos, a mi Hermandad.

Aquí me tienes ante ti, para dedicarte mis más sinceras y humildes palabras. No sé si serán del gusto de los presentes, si estarán compuestas en la mejor oratoria o si seré capaz de transmitir todos esos sentimientos y sensaciones vividas en esta casa. Si podre pronunciar estas palabras sin un tartamudeo, o como tu bien sabes, que me conoces, sin derramar alguna lagrima. Son muchos los nervios que ahora siento, porque se trata de un momento especial, y a la vez que intimo, publico. Ni si quiera sé, si estaré a la altura que este atril pide. Son muchas las sensaciones que ahora siento, y muchos los momentos que quiero compartir con todos. Quisiera en estas líneas, ensalzar la Fe que me une a Tí. Cada uno de los momentos vividos en esta casa, que espero seguir viviendo hasta el último de mis días rodeada de los míos. De esa gran familia que hemos formado todos los hermanos de esta Hermandad. Gran parte de mis recuerdos tienen lugar entre estos muros blancos. Son ya 22 primaveras, y con ello 22 cuaresmas las que he vivido bajo tu atenta mirada.

Eran muchas las ideas que rondaban mi cabeza, muchas las formas de dar cuerpo a mis palabras, y fue de esa manera cuando decidí que no había unas palabras mejores para definir mi meditación, y así poder estructurarla. Elegí Vida, Verdad y Luz, porque creo que son tres conceptos que muestran mi relación contigo. Una relación fraguada a lo largo de mi Vida, encaminada hacia la Verdad del Dios hecho Hombre, así como esa luz que irradia tu mirada serena, en el discurrir por las calles de Carmona en la tarde noche del Jueves Santo.

Haz que sienta tu amor en la mañana

Porque confío en ti,

Hazme saber el camino a seguir,

Porque hacia ti levanto mi alma¹

VIDA

Tu palabra me fue enseñada entre estos muros blancos, donde aprendí a rezar ante ti. Y hoy, como cada semana, me encuentro aquí, en Casa, pero hoy es un día especial. Hoy nuestra Casa se ve repleta de todos los que formamos esta gran familia, hoy todos vienen a verte, a tenerte cerca, a besar tu pie, a hablar contigo. Es el día señalado en el que mis palabras de ruegos y agradecimientos toman un tono más alto, retumban entre los muros y se hacen presentes. No soy persona de atriles, nunca me gustaron, soy de la sencillez del silencio, de la intimidad del momento, de la veneración y la contemplación. Hoy todos nos postramos ante tu imagen en la penumbra de la noche, en el incorrupto silencio, ante la mirada infinita de Nuestra Madre. Día señalado en el que sentimos una explosión de sentimientos, de sensaciones, de recuerdos, que se van sucediendo. En la intimidad de nuestro ser, recordamos vivencias con personas que quizás ya no estén, pero que nos ayudaron a sentirnos miembros de esta casa, momentos de felicidad y de juegos de la infancia, momentos previos a la

¹ Salmo 143, 8.

realización de la Estación Penitencia, pero todos con un nexo de unión, todos ellos se encuentran bajo tu mirada y ante la Madre que vela por nosotros.

Tu imagen de dolor desgarrador por los azotes, se vuelve tierna y dulce en esos momentos de contemplación. No te siento como Varón de Dolores sufriente, sino como el Salvador, como el Dios que nos perdona, quién oye nuestras suplicas, y nos guía por el sendero de la vida. Esa imagen de Dios es la que hoy observamos entre la penumbra, con la leve luz que te ilumina, porque Tú eres la luz de nuestras vidas, de nuestro camino y verdad.

Nuestra vida se encuentra unida a esta casa. Desde niños nos enseñaron que eras Tú el Hijo de Dios, que eras Mi Cristo. La imagen de Cristo de una vieja estampita en la mesita de noche, aquella estampa especial que siempre llevamos con nosotros, o en la vieja medalla que cuelga en la cabecera de la cama. Imagen que siempre está presente en nuestro día a día, porque eres nuestro guía, quien nos conduce por el sendero, quien nos protege, quien nos consuela, en el momento inconsolable.

Quizás, la mayor satisfacción y honor pueda ser tener una Madre como la nuestra. Una Madre con una mirada llena de amor, de comprensión, de dulzura, de hermosura, de delicadeza, de piedad. Una Madre que no nos abandona, que desde la soledad de su camarín protege a cada uno de nosotros. Es la Madre comprensiva, la Madre piadosa, la Madre que todo lo perdona. Una Madre que sufrió el dolor más fuerte y profundo como la pérdida de un hijo, pero no por ello se alejó de Dios, o renegó de su palabra, como hacemos nosotros a diario. Ante cualquier adversidad hay que seguir el camino de la palabra, seguir maniatados a la fría columna que nos hace presente, el martirio que sufriste, por la calle de la amargura, camino del Calvario, para ser crucificado.

En tu misma imagen de Hombre, que muestra ese cruento martirio y castigo, se aprecia la gloria del Dios verdadero. Gloria de Dios, que tiene su eclosión el Domingo de Resurrección. Resurrección que nos enseña el triunfo de Dios por encima de la muerte. Esa imagen gloriosa de Dios, que podemos contemplar en el rostro sereno de tu imagen, donde las heridas al hombre no causan dolor ante la grandiosidad del poder de Dios.

La oración que aprendí de pequeña ante ti, es la mejor catequesis que se puede dar o explicar. Cada frase es una meditación y reflexión hacia tu persona.

Padre Nuestro que estás en el cielo y en la tierra, siempre presente en cada momento de nuestras vidas, nunca nos alejaremos de ti.

Santificado sea tu nombre, bendito y alabado en la inmensidad de tu reino, por las generaciones que nos dejaron y por todas las que vendrán a engrandecer aun más si cabe tu reino.

Venga a nosotros tu reino, para que tu gloria no tenga fin. Que el poder de Dios no tenga límites y todos los hombres formen parte de tu reino.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día. Y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Ofensas

que día tras día realizamos a tu persona. Cada una de las negaciones que pronunciamos, antes de que el viejo gallo cante al amanecer.

Y no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Líbranos de ese mal que corroe el mundo, mal que manipula a cada uno de nosotros, ese mal que se hace presente a lo largo de nuestra vida en diferentes formas, ese mal que intenta eliminar la más mínima Esperanza de nuestra vida. Mal, que nunca podrá acabar con tu reino celestial de la gloria.

Cuando en la plazuela asoma el azahar entre los viejos naranjos, una nueva cuaresma se aproxima. La primavera inunda las calles, el ambiente tiene un olor y sabor especial. Nuestra vida cotidiana sufre una ruptura con la llegada de la primavera. Esa nueva estación que llena las casas de incienso, del deleite del disfrute de videos de otros años, o el sabor inconfundible de nuestra cocina tradicional. De forma drástica se observa en el día a día como todo se torna en una sola dirección. En una cuenta atrás, una cuenta de 40 días. 40 días que se nos hacen eternos para disfrutar de la Semana Grande, que a la vez, vivimos con la nostalgia de saber que pronto todo pasara, un año más, quedando un gran vacío en nuestras vidas y recordando cada uno de los momentos como si de un sueño se tratara.

Es ahora en cuaresma donde esta casa se llena de colgaduras, candelabros, flores, dando como resultado el altar de Quinario, donde se te venera. Un altar de Quinario que dará paso al día de hoy. Ese día en el que te sentimos más cerca, donde podemos besar tu pie, sentir el frio de tu columna y la firmeza de tu talla. Cada uno de los presentes guarda con recelo, cada uno de los pensamientos que grita en su interior, en ese momento intimo. Quizás, la mayor eclosión del día de hoy sea el contemplar tu figura portada por nuestros hermanos para elevarte al cielo, para subirte en la gloria, para dignificar tu imagen sobre tu paso. Sobre esa primera canastilla dorada que recorrió la ciudad de Carmona. Son momentos de tensión, pero a la vez de una belleza inexplicable. Bajo la atenta mirada de todos los presentes, serás portado por las naves de tu casa, en un absoluto silencio, solo roto por el quejido de una saeta.

También la Cuaresma se vive en nuestras casas, en esos días de preparación. Días en los que se prepara la túnica de nazareno, el esparto, el cingulo, los escudos, el capirote y como no podía ser de otra forma en mi casa, la faja y el costal. Es quizás este último, uno de mis recuerdos más abundantes.

Mi relación con esta Hermandad, con el mundo de la Semana Santa no tendría razón de ser, si no fuera por todo lo vivido en mi casa. Fueron mis padres, los que me enseñaron a quererte como Padre, y sobre todo a unirme con nuestra bendita Madre. Fueron ellos quienes me mostraron tu camino, quienes me acercaron a ti. Quienes me indicaron tu camino, para así seguirte. Es por ello que en el día de hoy, permite que les dedique a ellos mi entrega hacia ti. Son fechas que en mi casa se respira un palpitante nerviosismo, con la siempre incertidumbre del tiempo, ese que nos juega tan malas pasadas en ocasiones.

Padre, no puedo negarte, el delirio que en mi casa se respira hacia nuestra Madre, pero, ¿Acaso no es nuestra madre quien nos da la vida?, mi madre Paciencia, es quien me mostró tu rostro, el rostro divino de la imagen de Dios. Yo de pequeña me quedaba con tu

cruenta espalda, con el dolor sufrido con cada uno de los azotes. Y fue Ella, quien con el paso del tiempo me mostró la divinidad que tu mirada serena despierta.

Ese delirio que vivo cada año en Cuaresma, en esa cuenta atrás, viene fundamentado en la reiteración de los mismos actos años tras año. En la participación de los preparativos necesarios en las fechas que se acercan.

El que me sienta unida a ti, desde el primero de los días de los que tengo conciencia, viene sin duda por el interés mostrado por mis padres por acercarme a ti. Aunque como casi todos, en algunos momentos me aleje de ti por diversas causas, nunca me separé. Porque seguía teniendo la necesidad de estar aquí, de sentirme en casa, de contarte todo aquello que rondaba mi cabeza. Si estos muros hablaran, cuantas historias contarían. A pesar de alejarme de la vida de hermandad, seguía viviendo el mismo nerviosismo cuando se acercaba la Cuaresma, cuando comenzaban los preparativos y veía más próxima la fecha señalada en el calendario. Aún recuerdo, cuando empecé a salir con mis amigas en Semana Santa, como todos en su mayoría, quedando en la heladería de los Valencianos, al poco tiempo de salir me iba en busca de mi madre. Y es que yo era y soy, de ver las cofradías, no una vez, sino todas las que me diera tiempo, cosa que con ellas no podía hacer. Es por ello que algunos Jueves Santo directamente saliera con mi madre, para poder disfrutar de todo el encanto de la cofradía en su mayor amplitud. Esto se debe a que de pequeña no realizaba estación de penitencia caminando contigo. Los motivos eran diversos, pero el que más rondaba en mi cabeza, era que no quería perder el deleite de veros recorrer las calles de Carmona. Con mi medalla, esta misma que llevo en el día de hoy, disfrutaba un Jueves Santo tras otro, hasta que decidí realizar estación de penitencia siguiendo tus pasos, acompañando a nuestra Madre.

A pesar de mi corta edad, son muchos los recuerdos que tengo guardados. A lo largo de estos años he visto acciones que a mi parecer no eran las correctas para la hermandad, pero siempre se ha de mirar por el bien de nuestros titulares, Mi Cristo y Mi Virgen. Porque al fin y al cabo, las personas pasan, y quienes permanecen son las imágenes. Son las imágenes titulares, las que tienen que prevalecer por encima de cualquier acción. Somos meros pasajeros que tenemos la obligación de cuidar, conservar todos los bienes que poseemos, así como mantener el culto y amor a nuestros titulares para los que vengan puedan disfrutar de ellos como lo hicimos nosotros.

VERDAD

Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Y después de decir esto, se dirigió otra vez a los judíos y les dijo – Yo no encuentro en él ninguna culpa. Vosotros tenéis la costumbre de que os suelte a un preso por la Pascua, ¿queréis que os suelte al Rey de los Judíos? Entonces volvieron a gritar -¡A ese no, a Barrabás! Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó que lo azotaran².

“Y habiendo hecho flagelar a Jesús, lo entrego para que lo crucificaran”.

² Jn 18, 36-40 y 19, 1.

Con estas palabras Padre Nuestro se sentencia el dolor que sufriste en el camino del Calvario. Un dolor que traspasa lo físico y se hace presente en todos los que ante Ti se postran. Padre tu imagen, la que todos veneramos a diario nos muestra esa dualidad de Dios y Hombre. No hay imagen que exprese tanto en una mirada, una mirada serena, llena de humildad, una mirada divina. Es tu rostro quien nos ayuda a comprender la doble naturaleza de tu ser, la representación divina. Pero es el momento en el que nos acercamos a Ti, ya sea en un día como hoy de besapiés o bien cuando te vemos marchar y alejarte por las calles de tu ciudad, en la tarde noche del Jueves Santo. Cuando se es consciente que Dios es Hombre, un Hombre Hijo de Dios, que padeció el sufrimiento, el dolor y el castigo de la muerte. Cuando estamos cerca de Ti contemplamos tus heridas, tus llagas. Esa muestra de dolor físico es la que nos recuerda que eres Hombre, hijo de Dios.

Es por ello que me gustaría citar unas palabras de Santa Teresa, santa carmelita que tuvo la visión de Cristo flagelado y promovió esta devoción. *“No puede ser estorbo la humanidad de Cristo para contemplar la Divinidad. Cristo es la puerta y camino por donde hemos de entrar, para que Dios nos comunique sus mercedes y secretos. Sin la humanidad de Cristo, anda el alma sin arrimo, somos humanos, no ángeles y así hemos de contemplar a Dios, humanizado”*³.

Y como Dios Hombre, permaneces junto a nosotros. Nunca te has marchado de este mundo terrenal, te encuentras junto a nosotros en cada uno de los momentos que te necesitamos, y encuentras tu casa, entre muros de cal blanca.

Sencillas y claras son las palabras de meditación que Santa Teresa pronunció: *“Pues tornando a lo que decía, de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó”*⁴. Las humildes palabras de Santa Teresa nos invitan a trasladarnos a la escena de la flagelación de Cristo, como si testigo fuéramos de la misma. ¿Y a caso no somos testigos de la flagelación de Cristo en nuestro día a día? Centurias después de la meditación de Santa Teresa, Cristo sigue siendo azotado, con cada una de nuestras ofensas, pecados y negaciones.

“Así como Cristo aceptó la muerte corporal para darnos la vida espiritual, así soporto la pobreza temporal para darnos las riquezas espirituales”, dice Santo Tomás de Aquino.

LUZ

*“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*⁵.

Luz que ilumina tu camino como guía,

Luz como cada una de las almas que a ti te rezan,

Luz de una vieja farola,

³ Extracto de Santa Teresa de Jesús.

⁴ Vida 13,13.

⁵ Juan 14, 6.

Que ilumina tu discurrir por las calles de Carmona.

La luz, como explicar esa luz que irradia tu mirada. Esa luz que irradia de cada uno de los cirios que alumbran tu camino por las viejas calles de Carmona.

Sin duda el momento especial, llega el Jueves Santo, ese día en el que brilla más el sol. Es un día de nervios, de emociones, es un día dedicado a seguirte. Siempre quise acompañar a Nuestra Madre, en su soledad, en su amargura, en su dolor. Siempre preferí seguir tus pasos, caminar tras de ti y contemplar el dolor de una Madre. No existe mejor catequesis que la de seguir tus pasos, no perder de vista la imagen cruenta de una espalda desgarrada. Espalda azotada por cada uno de nosotros. Cada azote como negación de tu ser, negación como la pronunciada por el Apóstol San Pedro. Negación que se ve reflejada en el canto del gallo, ese gallo que todos de pequeños buscamos en el paso. El Jueves Santo es un día intenso, pero es un día que no quieres que tenga fin. Son tantos los esfuerzos a lo largo del año que sabe a poco la Estación de Penitencia. Sobre todo si entendemos que seguir tu imagen y palabra no es solo ir con un antifaz o un costal. No basta con formar parte en la Estación de Penitencia, hay que estar los 364 días restantes, haciendo hermandad, formando hermandad y viviendo hermandad. Ser el medio de tu palabra, el vehículo ante los que no encuentran la fe, el nexo entre los que se marcharon. Tenerte presente en nuestras vidas es lo que nos hace fuertes, nos permite no olvidar de dónde venimos, por qué estamos aquí y para qué.

Tu imagen fue creada para adoctrinar y evangelizar a todos los que se acercasen a tu persona. Es por ello que el Jueves Santo, es un día primordial, donde todos intentamos que luzcas de la manera más digna posible para poder llevar a cabo tu fin. Será dentro de poco cuando podamos quedar impresionados por la majestuosidad de tu imagen. Ese momento emotivo, íntimo de la Hermandad, en el que por una serie de hermanos serás portado al trono, mediante el cual reinarás por las calles de Carmona. No hay lugar más bello para rendir culto a tu sagrada imagen, que una encrucijada de calles y callejones con muros de cal blanca, entre naranjos con el aroma del azahar, desde uno de los barrios más antiguos, donde tú presencia y devoción se pierde en el trascurso de siglos.

El Jueves Santo, es un día que cada uno vive de forma diferente, pero todos con la imagen de nuestros titulares. El Jueves Santo, es un día de nervios, nervios que en mi caso empiezan a producirse cuando el Miércoles Santo venimos a Casa a exornar de flores los pasos de esta nuestra Hermandad y es en la noche del Miércoles Santo, cuando el palio de la Virgen de las Angustias entra en su humilde Capilla de San Francisco, es precisamente con ese final, cuando empiezo a ser consciente de que en un abrir y cerrar de ojos, un Jueves Santo más habrá pasado. Es una noche que muy pocas veces consigo conciliar el sueño. Me paso la noche contando las horas que me quedan para estar de nuevo junto a ti. Pero el día amanece, un día glorioso, luminoso, esperemos que siempre soleado. Comienza mi día como tu bien sabes aquí en Casa, esperando que todos vengan a deslumbrarse con tu mirada y la belleza de nuestra Madre. Desde pequeña formé parte esa mañana, del grupo de jóvenes que van colocando lacitos en la puerta a todos los que van llegando, alternando con el nerviosismo de poder hacerme con ese taquito de estampitas que más me gustan, para repartir por la tarde. Es una mañana intensa, donde ante tu mirada, vuelven a encontrarse todos aquellos que a lo largo del año por diferentes cuestiones, no pasan por Casa tan a menudo como deberían. Cada uno tiene de alguna forma un ritual especial en su Jueves Santo, en mi caso desde hace unos años

al cerrar la iglesia, y dejar ya todo preparado para la tarde, acudo a comer –lo que los nervios me dejen- junto a esa familia de amigos que se ha ido formando en nuestra Casa, familia que se ha gestado entre estos muros, unida por el amor hacia nuestros titulares. Es en esos momentos, cuando más tensión se sufre, cada cinco minutos busco un parte meteorológico y que va sucediendo en la vecina Sevilla. Pero ya no queda nada con el tiempo justo, me dedico a vestirme con esa túnica negra, colocar las viejas espartos y el capirote y poner marcha de nuevo a Casa, comenzando la Estación de Penitencia.

Son momentos de incertidumbre, de alboroto con los pequeñajos correteando por las naves de la iglesia, momentos emocionantes, donde cada uno en su ser reza esa oración ante sus titulares y pide por su Estación de Penitencia.

Con estas palabras, he pretendido que cada uno de los presentes piense en su particular Jueves Santo, en sus sensaciones y emociones. En esas nuevas peticiones o agradecimientos que dan sentido a la próxima. Todos confiamos en poder acompañarte este año y cumplir ese sueño que se hace realidad, cada tarde noche del Jueves Santo, cuando el cerrojo se abre y la luz llena nuestra Casa.

Poco a poco,

Que no se mueva nadie,

Que el rey de Santiago

Ya está en la calle.

Que todos te vean,

Que todos te sientan,

Que ya es Jueves Santo

En las calles de Carmona.

FINAL

Y es que Padre, sólo puedo pedirte salud, para todos y cada uno de los que forman esta casa, para todos sus familiares y allegados. Que tengas bajo tu gloria a quienes se marcharon de este mundo para formar parte de tu corte celestial, protege a los que vendrán, que ellos son el futuro de tu palabra, nosotros sólo somos meros intermediarios. Protege a cada uno de esos niños y niñas que forman la cantera de esta hermandad, que no pierdan la ilusión por trabajar.

Mis palabras no terminarán con un Adiós, porque jamás lo hubo o lo habrá.

Será un Hasta Luego, porque como cada noche, mis pensamientos irán dirigidos a tu persona y a nuestra bendita Madre.

Un Hasta Luego, porque no dejaré de venir a tenerte cerca y contemplarte.

Un Hasta Luego, porque dentro de poco descansarás en tu paso procesional y será el momento de adornarlo para la Estación de Penitencia.

Un Hasta Luego, porque siempre formarás parte de mi vida.

Un Hasta Luego porque nunca me marcharé de ésta, nuestra casa.

Y como cada día, hoy no iba a ser menos, Gracias por quienes me rodean, por quienes están conmigo. Mi fin será estar bajo tu gloria, no perder nunca el brillo de tu mirada y permanecer bajo el manto misericordioso de nuestra Bendita Madre.

Como siempre antes de marcharme, déjame que elogie a Nuestra Madre. Siempre te digo lo mismo, que para mí es algo más que Mi Virgen. Es mi vida, mi casa, mi madre, mi consuelo, mi auxilio, mi refugio, y siempre mi Paciencia. Ella que siempre está conmigo, que decidí tenerla aun más presente en mi ser, si cabía. La Madre que me enseñó a seguirte, a seguir tu camino. Esa Madre del Dolor, que acompañaré un Jueves Santo más, si así me permites para consolarla en su Soledad.

Padre déjame que esté siempre a tu lado, no me alejes de la que siento que es mi Casa, la que quiero que sea la Casa de los que un día llegarán, protege a esos niños que se están gestando, que pronto abrirán sus ojos en esta Hermandad.

Guíanos a todos en la verdad de tu ser, en la luz de tu mirada. Amén.

María Isabel González Romero

Carmona, 05 de abril 2014.

**Humildes palabras para agradecer toda una vida unida a ti y a esta Casa.*